LAS BOTAS DE HULE

Gabriel Santander

En general, vivir, significa estar en peligro.
Nietszche

Gabriel Santander, segundo de derecha a izquierda

Ezequiel Amézquita, presidente de envases Prisma, había pedido a la servidumbre que hiciera una selección de quesos, combinados atinadamente con los vinos de Gironda; ordenó que tuvieran a mano digestivos y agua mineral. Los había citado a las siete de la tarde, a la bahía crepuscular que no es ni dulce ni salada. El hablaría poco, escucharía las predecibles confidencias de Aaron Salgado y Heriberto Lugones a quienes trataba de don bajo un ingenioso tono de desprecio. Ciertas irregularidades, líneas globales para las plantas fuera de Monterrey, alguien que debía de ser sustituido. Lo peor de todo no era la hora de la cita, sino el día, era domingo.

Su mujer había tomado un avioneta privada a Houston, para renovar su vestuario, colección ligada a los clásicos sastre Chanel dos piezas, cuyos cuadros hacían de su culo un espectáculo esmerado y turbador en los desayunos de beneficencia. Amézquita pensó en el trasero de su consorte y dibujó en su cara una sonrisilla inescrutable. Se aburría, apenas eran las cinco de la tarde. Vestía un traje de raya de gis y una resuelta corbata estampada con palitos de golf. En la colonia Girasoles, en una de las residencias más pretenciosas en San Pedro Garza en la capital de Nuevo León, había una temperatura de 37 grados centígrados a la sombra. En la mansión de los Amézquita habían instalado el aire acondicionado hasta en los cuartos de servicio. La bandazos promedio era de 19 grados, a la baja. Todos los visitantes coincidían que fuera la época del año que fuera, ahí siempre hacía frío.

Su mujer más que mala era indiscreta. No sabía qué hacer con la información que la vida le daba. Iba dando tumbos, acompañada de exclamaciones y ronquidos como una chismosa apedreada por el pueblo. Un día leyó en algún libro de máximas francesas:

"A la madre de tus hijos hay que amarla como a nadie".

Qué difícil. Ahora eso no tenía importancia. Las balas de las armas eran lo que más le emocionaban. Los tiros eran abstractos, o no existían, eran armas de vitrina. El cañón de una Beretta 92 era gol-